

# | Sentimientos religiosos y polarización política

| *Religious sentiments and political polarization*



**Ana Millán Jiménez**  
Profesora Titular de Sociología,  
Departamento de Sociología,  
Universidad de Murcia.  
amillan@um.es



**María Isabel Sánchez-Mora Molina**  
Profesora Titular de Sociología,  
Departamento de Sociología,  
Universidad de Murcia.  
isabelsm@um.es

## Resumen

Parece haber un acuerdo entre los analistas sociales y políticos, en que una de las características de la sociedad actual es la polarización afectiva, política e ideológica de la ciudadanía. Lo que nos proponemos en este artículo es determinar si las creencias y sentimientos religiosos afectan o intervienen de alguna forma en ese hecho, si la religión, la práctica religiosa o la ausencia de ella condiciona en la toma de posiciones de adhesión o rechazo ante iguales o contrarios.

### Palabras clave

Polarización; creencias religiosas; política; ideología; emociones.

## Abstract

*There seems to be an agreement among social and political analysts that one of the characteristics of today's society is the affective, political and ideological polarization of the citizenry. What we propose in this article is to determine whether religious beliefs and feelings affect or in any way intervene in that fact, whether religion, religious practice or the absence thereof determines the taking of positions of adhesion or rejection before equals or opposites.*

### Keywords

*Polarization; religious beliefs; politics; ideology; emotions.*

## 1. Por qué la polarización política

Decimos que existe polarización, cuando en un conjunto de elementos de cualquier naturaleza, se aprecia una tendencia de esos elementos a reunirse en dos zonas opuestas. De este modo, si nos estamos refiriendo a la polarización política, convendremos en que se estaría dando una tendencia de la opinión pública a distribuirse en los extremos opuestos del espectro político. Producido todo esto, en la mayoría de los casos, por una radicalización de determinados partidos o de facciones de esos partidos políticos. A lo que se une una pérdida de peso o influencia de los grupos poco radicales dentro de esos partidos, o de otros partidos de izquierda o derecha moderada, o de centro.

Partiendo de esta base, a modo de definición, la polarización, en ningún caso, ni entre cualquier elemento de la naturaleza ni tampoco en la política surge porque sí, de manera espontánea. Al contrario, es necesario el efecto de fuerzas opuestas que ejercen su influencia o poder en distintas direcciones.

En el caso de la polarización generada en el ámbito político y, en lo que se refiere a España, podemos señalar que desde que hubo finalizado la guerra civil, debido al apaciguamiento de los años del franquismo y, sobre todo desde la llegada de la democracia, basada en el mayor consenso social y político logrado en este país, no se habían conocido niveles de polarización política como los que se han ido generando a lo largo de 2020 y lo que corre de 2021, coincidiendo con los tiempos de pandemia y de descoordinación política entre administraciones, aprovechados por sectores radicales para tratar de imponer sus ideas, a una ciudadanía debilitada, distraída y, en cierto modo, agotada por los distintos avatares propios de la situación, en la falsa creencia de que esta ciudadanía desconcertada acudiría hacia esos extremos como a una tabla de salvación, en los mares inciertos de los partidos moderados.

Asimismo, la polarización no es un problema que se esté desarrollando únicamente en nuestro país, sino que desde hace alrededor diez o quince años está creciendo también en países democráticos de nuestro entorno. Como señala García Arenas (2019) en el preámbulo de su estudio,

*«la sociedad se ha polarizado de forma notable en los últimos años. En EE.UU., la polarización se manifiesta a través de una mayor distancia entre las opiniones de los votantes republicanos y demócratas. En Europa, en un aumento de los desacuerdos en torno a temas fundamentales como la inmigración o la integración europea. Los partidos políticos de las economías avanzadas también se han polarizado de forma especialmente pronunciada en la última década» (p. 1).*

Pero ¿realmente se ha producido esa polarización de la opinión pública de manera mayoritaria o es producto de los propios partidos, de los medios de comunicación, las redes sociales y de la utilización las denominadas *fake news* o bulos, tan extendidos en nuestros días?

Dando respuesta a estas preguntas, podremos determinar el alcance del nivel de polarización producido en nuestra sociedad a la vez que será necesario averiguar los distintos aspectos, políticos, sociales económicos y cultu-

rales que producen satisfacción, hartazgo, indignación o indiferencia en las personas, porque según surgen de un extremo u otro del espectro político e ideológico aseguran o amenazan su bienestar económico, social o, emocional. Teniendo en cuenta que esto último, la situación emocional, es quizá la fuerza que más influye a la hora de atraer a los individuos hacia unas vertientes ideológicas u otras, utilizando una simbología que afecta a los valores y creencias más profundas.

En este sentido, en los tiempos que corren, asistimos al uso de la posverdad o la desinformación, como forma de manipular la opinión pública, a través de un juego perverso con los sentimientos de las personas, dirigido a crear opinión, en base a esa desinformación con la ayuda de la inmediatez y la rapidez de las cosas que conforman esta sociedad líquida (Bauman, 2016) que nos rodea. A este respecto, «una definición de desinformación comúnmente aceptada es la propuesta por la Comisión Europea en 2018, para referirse al contenido falso, inexacto o engañoso (...) diseñado presentado y promovido intencionadamente para causar daño o beneficios particulares (European Commission, 2018)» (Guallar, Codina, Freixa y Pérez-Montoro, 2020: 597). Vista esta definición, señalan estos autores que «podemos añadir que existen tres grandes grupos de contenidos que producen desinformación: los contenidos falsos, los inexactos y los engañosos», teniendo en cuenta que peor que estos contenidos de dudosa veracidad, son las intenciones que esconden quienes los utilizan para menoscabar la acción de los grupos opositores, de la opinión pública y de la vida misma de la ciudadanía, ayudados en muchas ocasiones por medios de comunicación afines, en ocasiones de poco prestigio y solvencia, pero que dominan la comunicación a través del manejo de las redes sociales y de blogs, dirigidos a esta difuminación o incluso, subversión de la verdad, produciendo un deterioro enorme de la democracia y confundiendo la libertad de expresión, gran pilar de cualquier régimen democrático.

Sabedores de esto, algunas organizaciones radicales, se han encargado de ahondar en ese sentido, para generar conflictos inexistentes o del pasado, ayudadas en muchos casos por fuerzas *a priori* más moderadas, generando liderazgos populistas en su afán de no perder apoyos para gobernar, o para mantener fieles a ciertos sectores del electorado. Según Enmanuelle Barozet (2003),

*«este tipo de liderazgos, descansan en la instrumentalización de vínculos sociales rutinarios, tanto verticales como horizontales y tanto formales como informales, estructurados mediante redes duraderas, en especial en los sectores populares» (p. 1).*

## 2. Las vertientes de la polarización

La polarización, pues, no surge sola. Es generada consciente e inconscientemente, a través de los diferentes medios y recursos al alcance de los diferentes grupos de interés, políticos, económicos culturales o religiosos, para conseguir los suficientes niveles de adhesión y fidelización entre la ciudada-

nía que les permitan, sobre todo en momentos de crisis, acaparar un mayor contingente de personas fieles a sus objetivos.

Pero, en efecto, encontramos distintas vertientes de la polarización, que lejos de estar contrapuestas, tienen una relación estrecha, al menos en lo que se refiere a las ideas, los valores, los sentimientos y las creencias de las personas.

## 2.1. La polarización ideológica

Hemos señalado, con anterioridad, la importancia de la ideología como fuerza que reúne a un conjunto de personas en torno a una serie de creencias, valores, símbolos y actitudes hacia la sociedad en su conjunto y los individuos en particular, con las que se sienten más o menos identificadas y que suelen cristalizar, en la práctica, con el surgimiento de partidos políticos que establecen sus premisas alrededor de esos principios ideológicos. De manera que es en el seno de estas agrupaciones políticas donde crece una identidad colectiva, en torno a esos símbolos que el individuo hace suyos. Y es, «en esa identidad experimentada subjetivamente, en tanto que son los individuos los portadores de la misma, donde el «nosotros» y el «ellos» cobra un sentido de miscelánea o mixtura» (Millán, Sánchez-Mora y García Escribano, 2005: 111), que llevado a los extremos alcanza la radicalización identitaria. Como cualquier otro fenómeno sociológico, la ideología no es una ciencia exacta, no hay persona, en el mundo, que piense exactamente igual que otra. Además, la ideología como parte de la persona, no surge sola. Surge como producto de la socialización que adquirimos a lo largo de nuestra vida, de la influencia de todos los grupos sociales en los que vivimos y convivimos, familia, grupos de pares, escuela, medios de comunicación y en estos momentos la gran influencia de las redes sociales, mediante su rápida difusión, inmediatez y amplio alcance.

Por lo tanto, si cada persona es un mundo, es normal que existan diferencias, más o menos sustanciales, entre las distintas formaciones políticas que se sustentan en cada ideología, e incluso en el seno de cada una de ellas, fruto de esa lógica variedad del mundo de las ideas, pero también de la forzosa adaptación al momento histórico y a las situaciones socioeconómicas que se suceden a lo largo del tiempo. Lo que nos recuerda el concepto weberiano (Rocher, 1987) de «tipo ideal», modelo perseguido por la sociedad, que nadie logra realizar completamente, pero que sirve para organizar las ideas en torno a unos principios, valores, normas y creencias, que cada cultura moldea de una forma y da lugar a un tipo de sociedad diferente.

Así, según Moreno (2015: 44) en lo que se refiere a las creencias, se entienden estas como «definiciones sobre lo que existe y sobre lo que es (creencias fácticas), como a evaluaciones –juicios u opiniones– sobre determinados objetos o hechos (creencias evaluativas)». Además, como señala Van Dijk (2006) las creencias, pueden ser sociales y personales, lo que nos hace únicos como individuos pero gregarios como colectivo; generales/abstractas o particulares/específicas. De este modo, qué se opina de la guerra en general, pertenecería a las primeras, qué se opina de la guerra palestino-israelí, pertenecería a las segundas. Por último, distingue entre las creencias que se comparten

por el conjunto de una colectividad, o por los grupos específicos que la componen. Aquí radicaría el verdadero dilema a la hora de analizar, por ejemplo, qué papel desempeñan las creencias en el desarrollo de una ideología. Las verdaderamente ideológicas, serían las creencias grupales, las que se rebelan en cierta forma contra las creencias generales, no se sabe bien movidas por qué. Es el caso de la sociedad europea, mayoritariamente cristiana, en su vertiente católica, hasta la aparición de los distintos grupos de religión protestante que, a partir del siglo XV, devinieron en rivales ideológicos, políticos e incluso económicos, dando lugar a largas y sangrientas guerras, o surgieron por asuntos personales, como fue el caso de la religión anglicana, establecida para mayor gloria de Enrique VIII de Inglaterra. En ambos casos, sin duda, para conseguir la prevalencia de un poder sobre otro. En definitiva, el tema de las creencias religiosas ha sido eternamente utilizado a lo largo de la historia y será abordado, más adelante, en el análisis de la influencia del hecho religioso en la polarización política, objetivo central de este artículo.

## 2.2. La polarización afectiva

De lo anteriormente expuesto, podemos extraer la idea de que en el juego de la polarización política, que en el momento actual está generando una situación distorsionadora en el panorama político español, se entrelazan multitud de factores que van más allá de la ideología, entendida como un concepto abstracto, hacia zonas más concretas e identitarias de la personalidad humana, es decir, se dirigen y asientan en los lugares más personales, distintivos e íntimos del ser humano, en los sentimientos. Así, determinadas actitudes, discursos o circunstancias generadas por los distintos grupos políticos, sobre todo los más radicales, han promovido, en los últimos años, quizá en los últimos meses, inquietud y malestar en ciertos sectores de la sociedad, que se identifican con los valores contrarios a esos grupos políticos. Muchas veces, amparados por diferentes motivos, como ya se ha señalado más arriba, por grupos supuestamente moderados.

Según Luis Miller (2020) en este caso la polarización:

*«No se centra en el posicionamiento de los partidos y sus votantes en una determinada escala, sino en los sentimientos que partidos y líderes despiertan. Es lo que denominamos polarización afectiva que se manifiesta como un mayor apego hacia los partidos, líderes y votantes con los que nos sentimos más identificados y una mayor hostilidad hacia los partidos, líderes y votantes con los que no compartimos dicha afinidad. Por tanto, no se trata de una separación ideológica –simbólica o práctica– sino de una separación emocional, que no apela a la racionalidad, sino a nuestros sentimientos y emociones» (pp. 13-14).*

Como se desprende de las palabras de este autor, no hablamos ya de la separación y antagonismo entre derecha/izquierda o nacionalismo/centralismo, es decir, no se trata de hechos pragmáticos, más o menos tangibles, sino de la exaltación de las emociones individuales o colectivas que van más allá de los hechos concretos (territorio, empleo, vivienda, servicios públicos) hacia una perspectiva más simbólica de lo que somos o queremos ser, y de lo

que los otros con sus ideas, sus políticas y actitudes intentan que seamos. En este sentido, cabe señalar que la polarización afectiva, no es resultado de un único ni gran movimiento político, en un momento determinado, sino que es fruto de un proceso más largo y profundo, generado a lo largo del tiempo, que en muchos casos se muestra más con la identificación del propio partido o líder al que apoyamos que con el rechazo a lo contrario, hasta que empiezan a apreciarse lo que se entiende como provocaciones por parte de los otros, como amenazas al propio bienestar económico, social y psicológico.

Señala Miller (2020: 21) que, en España, en lo que va del siglo XXI, los sentimientos positivos hacia el líder propio han sido más notorios que el rechazo al contrario. La polarización afectiva se ha manifestado sobre todo por el apoyo o no, a los líderes políticos, si bien a partir de 2008, cuando surge la crisis económica y en 2015, se manifiesta de una manera más tangible la oposición a los líderes con los que no nos identificamos. Pero, en general, cuando hablamos de polarización afectiva, los sentimientos que desarrollan los individuos no solo van dirigidos a los líderes, sino también a los partidos y, lo que es muy importante, por las connotaciones sociales y afectivas que tiene, a los votantes a los que, en muchos casos, se culpabiliza de mantener con su voto a determinados líderes o partidos a quienes se considera lesivos para el sistema político y social del país.

Según Lluís Orriols (2018) la polarización afectiva se basa en la animadversión que sienten los ciudadanos hacia quienes no son parte de su colectivo (ya sea ideológico o partidista) y la define como:

*«la distancia emocional entre el afecto que despiertan quienes simpatizan con nuestras mismas ideas políticas en contraposición con el rechazo hacia quienes tienen opiniones distintas. Existen motivos para preocuparse ante la creciente polarización afectiva, pues esta tiene importantes efectos adversos para el buen funcionamiento de nuestras democracias: deteriora la cooperación entre ciudadanos, la confianza hacia las instituciones y la legitimidad de los gobiernos. Lo que puede producir una paralización de la vida política e institucional del país» (p. 3).*

Por lo tanto, todos aquellos elementos que tengan que ver con la fuerza emocional y los sentimientos individuales y colectivos, serán herramientas potentes, para manipular o intentar manipular la simpatía o animadversión de los ciudadanos hacia determinadas organizaciones políticas, sus afiliados y sus líderes para conseguir, objetivos más o menos al corto, medio o largo plazo.

### 3. Las creencias religiosas

En la obra de Max Weber, fundamentalmente en sus libros *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo* y *Sociología de la Religión*, el sociólogo ha estudiado la influencia de las religiones en la formación de las distintas sociedades, destacando la importancia tanto de las creencias individuales, como el uso colectivo de dichas creencias. Weber define las diferentes comunidades y la

variedad de culturas que aquellas desarrollan, comparando la importancia que cada una de ellas han tenido en las religiones dominantes.

Según el autor, en cada una de esas sociedades, el hecho religioso, es decir, el conjunto de creencias, principios, valores, ritos y símbolos, en torno a los cuales se gestan las distintas religiones, dirigen la conducta y el comportamiento, de grupos e individuos, en los distintos ámbitos sociales. De tal manera, que las distintas instituciones, en las que las personas desempeñan sus respectivos roles, estarían imbuidas de tales elementos culturales y religiosos, en el desarrollo de sus funciones.

Así, a lo largo del tiempo, las iglesias que han existido y existen, casi siempre acompañadas de núcleos de poder laicos, han intentado utilizar las creencias de las personas para mantener unas cotas de poder en la sociedad, frente al poder de otras religiones y de sus fieles adeptos a los que, en la mayoría de las ocasiones, se les conceptuaba como enemigos. Si bien, los fines de las distintas iglesias suelen ser disímiles de los de los partidos políticos, ya que si el objetivo último de las primeras, al menos en principio, no debe ser alcanzar el poder para gobernar, es cierto que en muchas ocasiones y circunstancias algunos partidos políticos se han sentido muy identificados con algunos de los principios y valores de determinadas confesiones religiosas. Por otra parte, también es cierto que existen las sociedades esencialmente religiosas, cuya organización y estructura social se basa en las creencias de la religión que las sustentan y orientan.

Desafortunadamente, contamos a lo largo de la historia con casos que ejemplifican ambas tendencias, tales como las luchas independentistas de las dos Irlandas: la población del Norte identificada con la religión protestante, y la del Sur, con la religión católica. Enfrentamiento que aún hoy, habiéndose logrado hace ya tiempo la independencia de gran parte del territorio, todavía permanece, aunque se haya reducido al ámbito político e institucional. En definitiva, el factor religioso no es un elemento baladí, y hay que tenerlo muy presente en el análisis de las formas y tipos de dominación social, tal y como indican muy acertadamente autores como Carlos Leopoldo Piedrahita (2006).

Existe otro asunto importante a tener en cuenta cuando se analiza el papel que juegan las creencias religiosas en las dinámicas sociales y políticas, sobre todo desde el siglo XX en adelante. Sin olvidar, claro está, esos hitos históricos anteriores que inician una deriva antirreligiosa y, en cierto modo también anticlerical, como es el caso de los postulados establecidos en la Revolución francesa. Dicha cuestión es el aumento del laicismo en la mayoría de los países avanzados.

En efecto, a lo largo del siglo XX, con el éxito de la Revolución bolchevique, en mitad de la Gran Guerra, la expansión del comunismo en Europa, al finalizar la II Guerra Mundial y la expansión y modernización de los distintos Estados europeos y americanos, los Estados de la mayoría de los países fueron distanciándose de todas las confesiones religiosas (salvo alguna excepción como es el caso de España, donde el franquismo mantuvo una estrecha relación con la Iglesia católica, hasta mitad de la década de los años setenta), dejando muy clara la separación que existe entre la religión y las instituciones del Estado. Se considera tan importante esa diferenciación que incluso



se legisla y se recoge en textos constitucionales, como es el caso de la Constitución Española de 1978.

No obstante, Juan Linz (2006), hace un análisis del uso político de la religión y el uso religioso de la política en el que termina analizando su concepto de «religión política». Concepto para el que no encuentra una definición exacta, pero sí señala como lo más parecido, el uso político de la religión para legitimar la autoridad y obtener apoyo para un régimen; y viceversa, como las autoridades eclesiásticas utilizan el apoyo de las autoridades políticas para mantener sus ideales y sus intereses, morales, religiosos y materiales.

Algo muy similar ocurre con el tema del laicismo. En muchas ocasiones determinadas facciones políticas utilizan el rechazo que despierta la religión y la institución eclesiástica en ciertos colectivos, para increpar y arengar a sus adeptos, consiguiendo así el apoyo de un sector de la opinión pública y de determinados grupos de poder.

Relata Linz, cómo la religión política no se genera necesariamente en torno a la figura de Dios, ni de los distintos dioses. No se trata de aceptar las premisas y doctrinas de las distintas confesiones que conocemos como religiosas, sino de crear dioses desde la categoría de humanos elevando líderes políticos a los cielos y admitir como dogmas sus doctrinas. Siempre aprovechando momentos de crisis económicas o sociales y la necesidad de la ciudadanía de confiar en algo o en alguien como la tabla de salvación colectiva. Fue el caso del nazismo, o del comunismo-leninista, entendidos como los dos extremos más notorios de una misma cosa. Así, nos cuenta Juan Linz (2006) una experiencia personal que ilustra perfectamente su percepción:

«Cuando tenía diez años fui invitado en Berlín a cenar en una casa donde los dueños bendecían la mesa dando gracias al Führer. He sido testigo de una reunión fascista nocturna (durante la guerra civil española) y he visitado como turista respetuoso la tumba de Lenin, como si fuera un lugar sagrado en el sentido de Durkheim, también he estudiado la relación entre religión y política en la España de Franco» (p. 13).

A partir de aquí, podemos colegir, que las creencias religiosas las desarrollamos con un fuerte componente de socialización, familiar, académica y cultural, animadas por el calor de la colectividad a la que pertenecemos, pero también tienen un componente individual que desarrollamos movidos por la existencia de agentes externos que nos espolean en un sentido u otro y, en la mayoría de los casos tiene que ver con nuestro aprendizaje colectivo, con los grupos de pertenencia, pero en otros casos es la elección de cada uno los que nos conduce en nuestra manera de creer o no.

Del mismo modo, es posible que personas de determinadas ideologías, se sientan más próximas a determinados partidos políticos, al margen de sus creencias religiosas y que personas que rechacen las creencias de determinados partidos, en momentos coyunturales les voten, como rechazo o castigo a las actitudes de sus correligionarios.

En este trabajo, pretendemos hacer un análisis para averiguar qué relación tienen las distintas creencias religiosas de los ciudadanos, a la hora de elegir sus afinidades políticas y si la simpatía o la animadversión hacia propios o ajenos, los mueve hasta el punto de generar altos niveles de polarización.

## 4. Datos para la reflexión

Tras el desarrollo y la exposición sobre la polarización que se ha hecho en los epígrafes anteriores, trataremos ahora (tal y como se decía anteriormente) de descubrir si realmente existe una relación vinculante entre los sentimientos religiosos y la polarización. Si el hecho de ser creyente o no, ser practicante o no, nos posiciona ideológica y políticamente. Más aún, si polariza nuestras acciones y opiniones provocando una firme adhesión a quienes identificamos como iguales y un rechazo a quienes consideramos como contrarios.

En una primera aproximación y tras analizar los datos obtenidos en la encuesta nacional que ha realizado CEMOP (2021) sobre este asunto, podemos afirmar, sin demasiado margen de error, que asistimos a una época en la que la ciudadanía siente un alto nivel de crispación en la esfera política española, y no solo tiene esa percepción, sino que interpreta que ese grado de enfrentamiento ha ido en aumento.

Tal y como se muestra en el Gráfico 1, en el que se muestra la evolución del clima de convulsión y desencuentro político en los últimos cuatro años, la respuesta mayoritaria y coincidente al respecto, es que la tensión política se ha incrementado considerablemente.

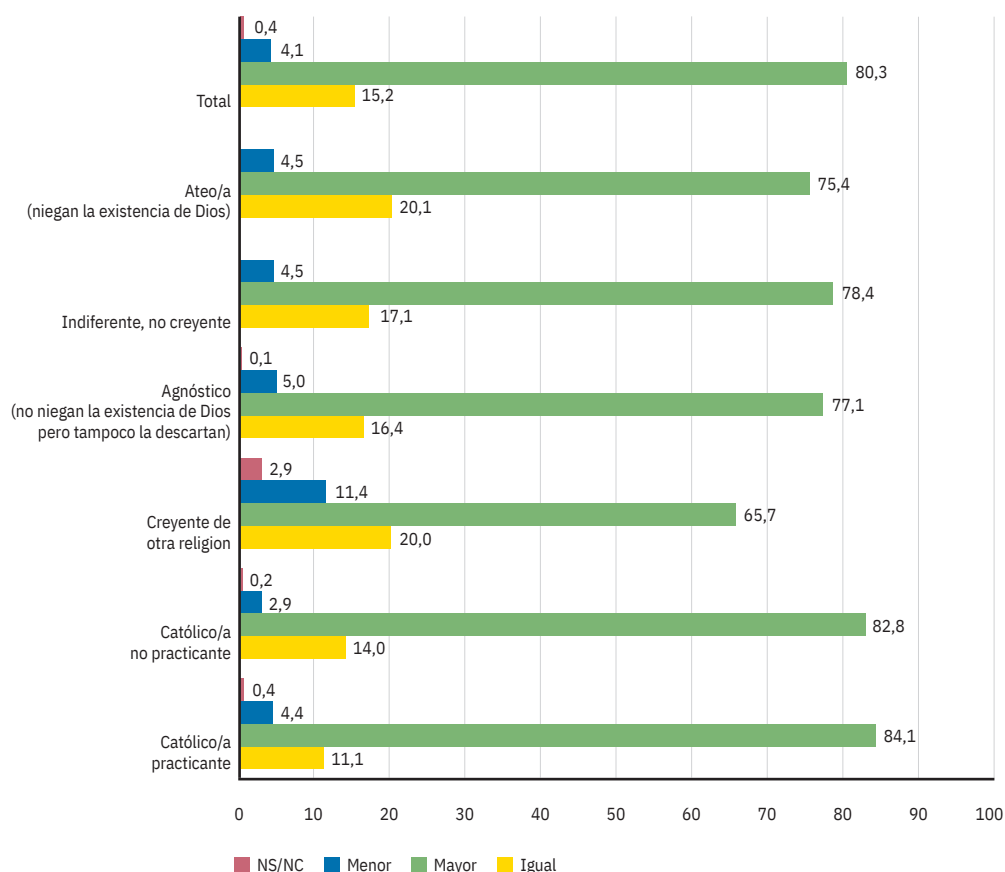
Partiendo desde ese consenso, en la valoración negativa de las actuales circunstancias sociales y políticas, profundicemos y procuremos averiguar si las variables que se refieren a las creencias religiosas modifican, alteran o ratifican esa apreciación general, y si realmente encontramos algunas diferencias significativas que merezca la pena destacar.

Para empezar, digamos que en todas las categorías establecidas en la investigación se confirma una intensificación en los procesos de polarización política (Gráfico 1). El colectivo que se reconoce como católico, sea practicante o no, es el que más denuncia esa tirantez que desagrada a la ciudadanía. De tal manera que el 84,1% de los practicantes y el 82,8% de los no practicantes, entienden que estamos peor que hace cuatro años y que la polarización social se ha ido acentuando. Incluso, los que se manifiestan más optimistas a este respecto, que son los creyentes de otras religiones, afirman en un 65,7% que la situación ha ido a peor. En cualquier caso, lo que sí se corrobora es la aserción de la que partíamos, y la coincidencia en asegurar que en España se han radicalizado las posiciones políticas e ideológicas.

La cuestión relevante e inquietante en este asunto es que, desde las mismas filas, de los partidos y líderes políticos, o incluso desde algunos medios de comunicación, tanto los que consideramos tradicionales como los que han surgido de mano de las nuevas tecnologías (redes sociales, Internet, etc.), se arenga a la población a seguirles en esa dirección. La consecuencia es una

sociedad más polarizada en sus acciones y opiniones, con una mayor adhesión hacia aquellos con los que se comparte ideología, creencias y valores, a la vez que un mayor distanciamiento y/o rechazo, hacia quienes se considera como contrarios. Una situación que, sin duda ninguna, dificulta la práctica correcta del ejercicio político.

**Gráfico 1. Nivel de crispación y enfrentamiento percibido según creencias religiosas (%).**



Fuente: elaboración propia a partir de los datos obtenidos en la encuesta realizada por CEMOP (2021).

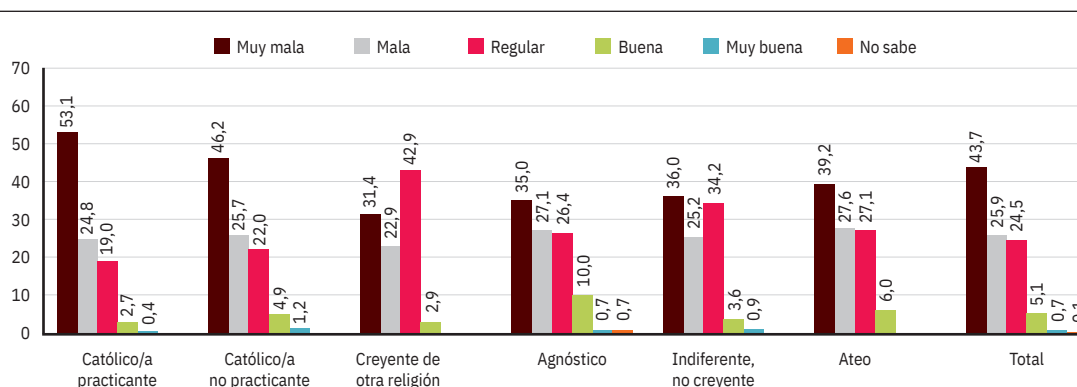
Por otra parte, ya se ha comentado anteriormente como la religión, y más concretamente, las creencias y la práctica religiosa, se ha convertido en uno de los temas objeto de esa polarización emocional, política e ideológica. Bien sea en su defensa, o bien para atacarla, en muchas ocasiones se ha visto convertida en objeto de controversia y debate en la esfera pública.

Los posicionamientos al respecto juegan, como confirmarán los datos, un papel importante. Aglutinando opiniones, valoraciones y simpatías o antipatías en los bloques políticos que se perciben como próximos, o como contrarios.

Ese malestar social del que se está hablando está provocado por diferentes factores y, entre ellos, se encuentra el hecho de que se haya instalado en la sociedad una creciente desafección y actitud crítica hacia la clase política, tal y como afirman numerosos analistas (Gutiérrez-Rubí, 2011). Ha cundido entre la población un estado de desánimo generalizado. Las duras circunstancias actuales, consecuencia de una pandemia mundial, unidas al descrédito de los gestores públicos generan un ambiente en el que los sentimientos, las filias y las fobias se enardecen y se hacen mucho más visibles.

La comprobación de las afirmaciones anteriores se pone de manifiesto en el hecho de que la opinión mayoritaria de la población española es que la situación política es muy mala, y esta percepción prácticamente no cambia en ninguna de las categorías establecidas sobre las creencias religiosas (Gráfico 2). Tan solo, los que profesan otras confesiones diferentes de la católica, que vuelven a ser los más benévolos, evalúan el ambiente político como regular (42,9%) aunque no es menos cierto que un 54,3% la perciben como mala o muy mala; sin embargo, en el resto de los grupos, sin excepción, domina una visión muy negativa de la actualidad política de nuestro país. De nuevo, serán los que se identifican como católicos (practicantes y no practicantes) los que son más críticos, superando incluso el porcentaje nacional de población, que también la percibe mayoritariamente como mala o muy mala. Es el colectivo más insatisfecho con la situación política actual.

**Gráfico 2. Percepción de la situación política, según creencias (%).**

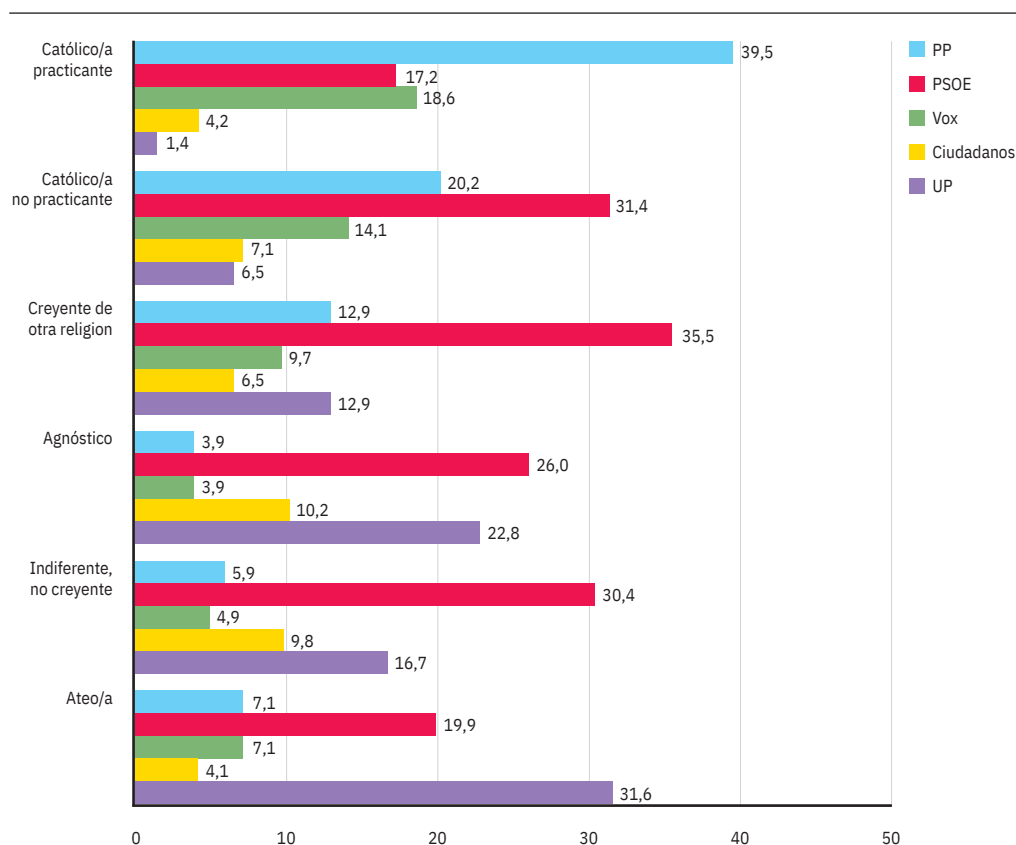


Fuente: elaboración propia a partir de los datos obtenidos en la encuesta realizada por CEMOP (2021).

En definitiva, una opinión que evidencia la desconfianza y la incertidumbre que caracteriza la actualidad y, ante tal hecho, la ciudadanía no quiere quedarse al margen (Rosanvallón, 2007). La participación ciudadana, en lo que se entiende como asuntos públicos, es cada vez mayor. Es significativo el hecho de que toda la muestra seleccionada responde a la pregunta de «cómo percibe la situación política» (el tanto por ciento de quienes deciden no contestar o no saben qué decir es totalmente residual). No cabe duda de que es algo que despierta interés, preocupa y motiva a la sociedad.

En ese clima de descontento las simpatías políticas se polarizan y aglutinan en «trincheras ideológicas» (Orriols, 2021: 8). Desde ese planteamiento resulta fácil entender que el votante que se declara católico practicante, que hemos identificado como el más disconforme, se decante en un 62,3% hacia el bloque de centro derecha (Gráfico 3), y en consecuencia su intención sea votar a aquellos partidos que componen ese eje, en la esperanza de que puedan dar un giro a los acontecimientos.

**Gráfico 3. Voto + simpatía, según creencias religiosas (%).**



Fuente: elaboración propia a partir de los datos obtenidos en la encuesta realizada por CEMOP (2021).

Por el contrario, el colectivo que se identifica como ateo, y que se instala en posiciones menos críticas, confirma su afinidad con UP (31,6%) y el PSOE (19,9%). Esto es, el 51,8% manifiesta su simpatía con este bloque ideológico de izquierdas y, por tanto, es de suponer su intención de votar a las agrupaciones políticas que lo representan.

Por otra parte, y a la vez que se manifiestan estas filiaciones, también se evidencian ciertas aversiones. Si se observa con detenimiento el Gráfico 3, advertimos que existe una proporción inversa entre las personas más creyentes y practicantes, y el bloque ideológico de izquierdas, y entre las que son ateas y el bloque de derechas. Es decir, sí que hay una polarización afectiva

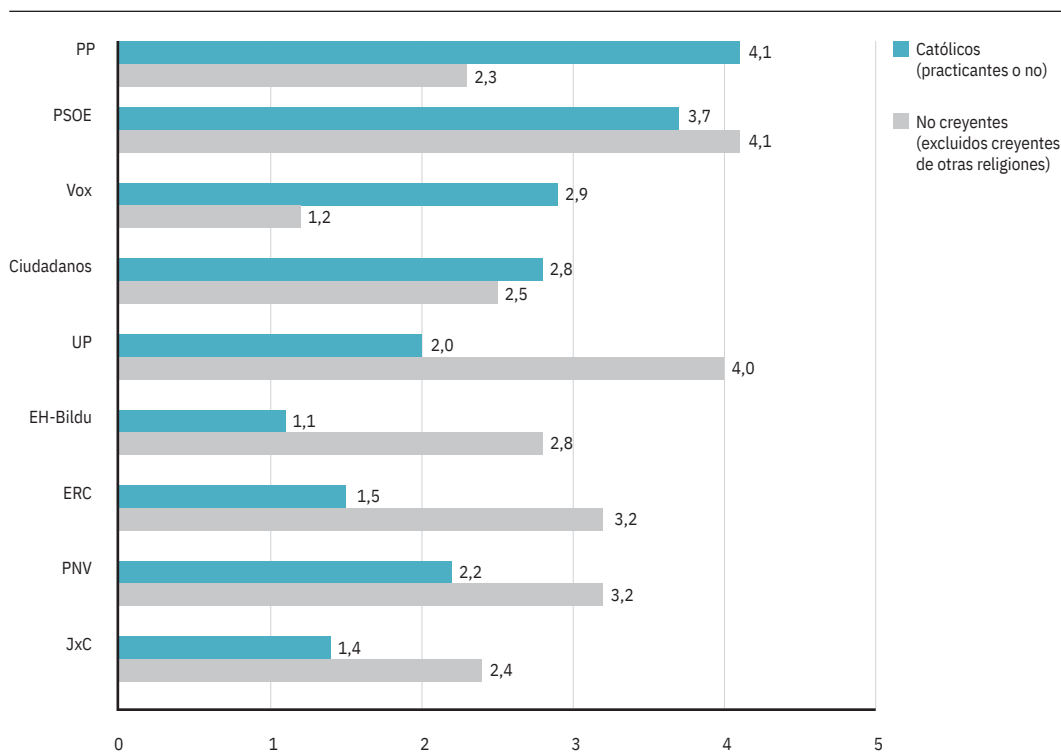
y emocional vinculada a la existencia o no, de creencias religiosas. Se comprueba, una vez más, cómo a la vez que los afectos se dirigen hacia un polo de la ecuación, se manifiesta el mismo o similar grado de rechazo hacia lo que se concibe como el extremo opuesto.

En este sentido, es el colectivo de católicos y católicas practicantes el que manifiesta un mayor grado de polarización (adhesión vs. rechazo). Si esto lo unimos a los resultados comentados anteriormente, sobre la valoración del contexto político actual, concluimos que al ser el segmento poblacional más disgustado, es también el que está emocionalmente más motivado.

Otro aspecto significativo, que podemos observar en el gráfico anterior, es que el PSOE es el partido político que suscita menos emociones encontradas. En realidad, según los datos, parece que no despierta demasiados sentimientos radicales y consigue mantener una mayor neutralidad afectiva. Asimismo, observamos que son los grupos de católicos y católicas no practicantes, y los creyentes de otras religiones, los que manifiestan menos polarización emocional porque, aunque evidentemente reconocen sus empatías, no las vehiculan a un rechazo significativo hacia quienes no gozan de su beneplácito.

En definitiva, sí que existen diferencias en los afectos según las creencias religiosas, tal y como se demuestra de forma muy palmaria en el Gráfico 4.

**Gráfico 4. Diferencias en el sentimiento hacia los partidos, según creencias religiosas (0=rechazo o antipatía y 10=adhesión o simpatía).**



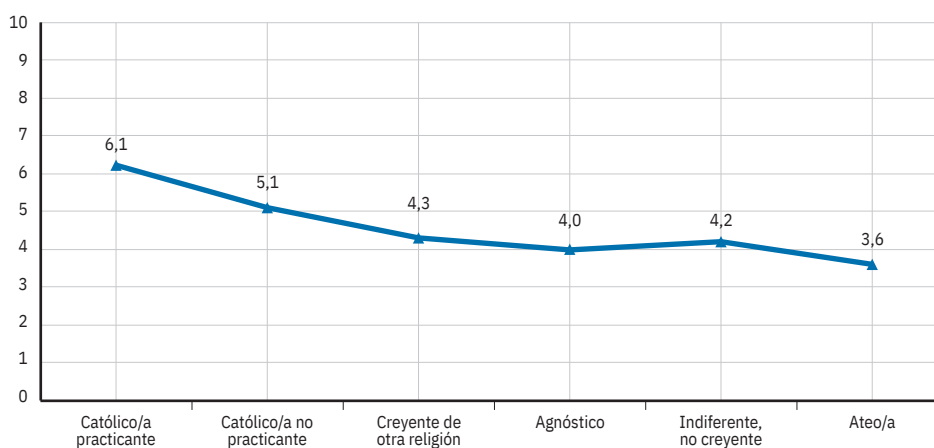
Fuente: elaboración propia a partir de los datos obtenidos en la encuesta realizada por CEMOP (2021).

Así pues, si aglutinamos a todos los creyentes en la religión católica, sean practicantes o no lo sean, y por otra parte agrupamos a los no creyentes, excluyendo también a los creyentes de otras religiones (puesto que sí tienen alguna creencia religiosa), y obtenemos la diferencia entre la simpatía y el rechazo que despiertan los diferentes partidos políticos, constatamos, por una parte, que la variable religión sí que afecta y condiciona los sentimientos y, por otra que, en general, el partido que mayores emociones encontradas despierta es UP. También EH-Bildu y, en general, los partidos nacionalistas de izquierdas focalizan muchas opiniones enfrentadas. Mientras que dentro del arco del centro derecha es el PP el partido que concentra un mayor grado de polarización afectiva, siempre desde la perspectiva del hecho religioso.

Continuando en esta misma línea argumental, se ratifica que no solo existe una correlación entre la religión y partidos políticos, sino que hay una clara vinculación entre las diferentes creencias o ausencia de ellas y los posicionamientos ideológicos, lo que demuestra que existe también una polarización ideológica, además de la política y afectiva.

Cuando se les pide la ubicación ideológica a las personas encuestadas y se les dice que se ubiquen en una escala, donde 0 es la izquierda y 10 la derecha (Gráfico 5), no hay duda.

**Gráfico 5. Ubicación ideológica, según creencias (0 = izquierda y 10=derecha).**



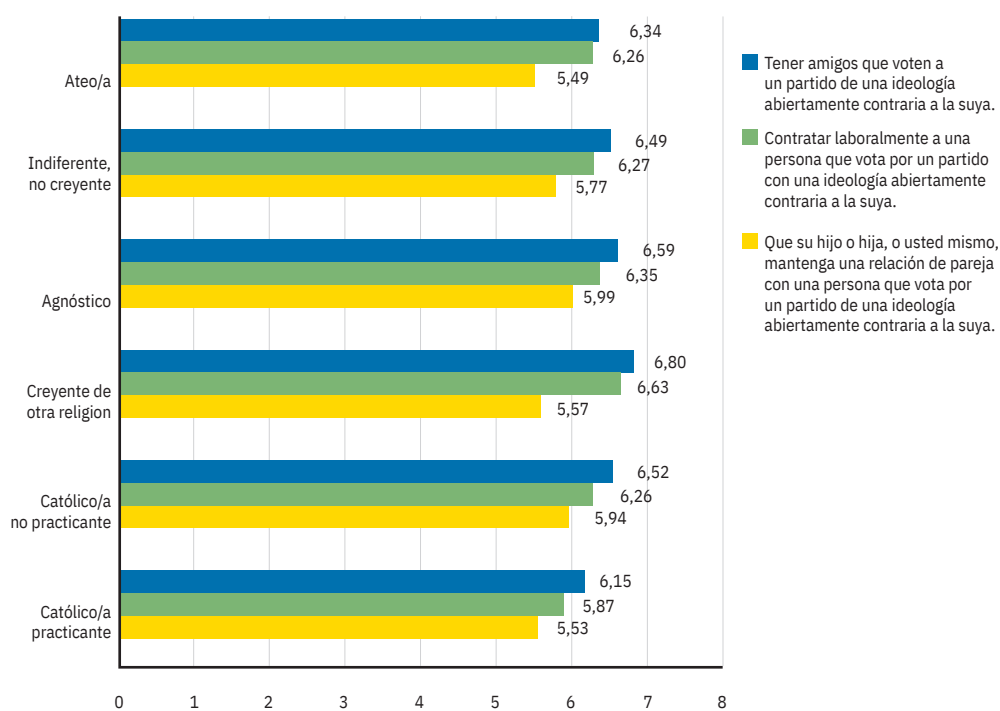
Fuente: elaboración propia a partir de los datos obtenidos en la encuesta realizada por CEMOP (2021).

Los católicos sean practicantes o no, se colocan por encima de la media de la escala, mientras que el resto lo hace por debajo. Y va descendiendo, hasta llegar al posicionamiento más a la izquierda en el que se sitúa el colectivo de población atea. Se genera una línea descendente hacia la izquierda, desde los más creyentes y practicantes a los más alejados de la religión, lo que vuelve a constatar dos posiciones muy claras y una evidente relación entre las simpatías políticas, concretadas en los partidos políticos, el posicionamiento ideológico y las convicciones religiosas, así como la coincidencia con una cierta antipatía a quienes representan y sostienen las posiciones más

distantes. Parece que como afirma Orriols (2021): «cuanto mayor es la polarización ideológica de los partidos (medida como la distancia en las posiciones políticas percibidas por los votantes), mayor es la polarización afectiva de los votantes» (p. 2).

Es interesante destacar que esta tendencia a situarse en los extremos ideológicos y/o políticos y su conexión con las creencias religiosas se circunscribe esencialmente a ese espacio de la gestión política y, muy probablemente, a cualquier otro asunto de interés público que la población entienda que es de su incumbencia, y en el que desea participar y emitir su opinión. Sin embargo, en el ámbito privado, personal o incluso en el laboral (según se muestra en el Gráfico 6), esa radicalización se suaviza.

**Gráfico 6. Valoración de situaciones hipotéticas, según creencias (0=no le gustaría en absoluto y 10=le encantaría).**



Fuente: elaboración propia a partir de los datos obtenidos en la encuesta realizada por CEMOP (2021).

En la valoración sobre posibles situaciones en las que habría que relacionarse con personas que mantienen posiciones ideológicas contrarias, donde 0 es que no les gustaría en absoluto y por tanto rehúsan, y 10 que les encantaría, las respuestas que se obtienen son muy moderadas en todas las categorías de creencias religiosas analizadas. Todas ellas superan la media de la escala, es decir no hay ninguna circunstancia de las que se proponen, que rechacen abiertamente, aunque también es cierto que ninguna alcanza ni siquiera el 7, de lo que se deduce que tampoco son escenarios que les pro-



voquen gran entusiasmo y la que mayoritariamente menos apetece es la de mantener una relación con una pareja de ideología contraria.

En cualquier caso, sí que es cierto que se rompe esa polarización tanto afectiva, como ideológica que sí se manifiesta en el terreno político y que definitivamente se constata que existe en la sociedad actual.

## Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (2016): *Modernidad Líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Barozet, M. (2003): «Movilización de Recursos y Redes Sociales en los Neopopulismos: Hipótesis de Trabajo para el Caso Chileno». *Revista de Ciencia política*, XXIII(1): 39-354. doi: 10.4067/S0718-090X2003000100004
- García Arenas, J. (2019): «Polarización Política: el fenómeno que debía estar en boca de todos», (on-line). *CaixaBank Research, Economía y Mercados*.
- Giddens, A. (2000): *Un Mundo Desbocado: Los efectos de la Globalización en nuestras vidas*. México: Taurus.
- Guallar, J.; Codina, L.; Frixa, P. y Pérez-Montoro, M. (2020): «Desinformación, bulos, curación y verificación. Revisión de Estudios en Iberoamérica. 2017-2020». *TELOS, Revista de Estudios Interdisciplinarios en Ciencias Sociales*, 22(3): 595-613.
- Gutiérrez-Rubi, A. (2011): *La política vigilada. La comunicación política en la era de las Wikileaks*. Barcelona: Editorial UOC.
- Linz, J. (2006): «El uso religioso de la política y/ o el uso político de la religión». *REIS*, 114(06): 11-35.
- Miller, L. (2020): «La polarización política en España: entre ideologías y sentimientos». *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, 152: 13-22.
- Montero, J. R. (1999): «Religión y Política en España: Los Nuevos Contornos del Cleavage Religioso». *Revista Mexicana de Sociología*, 61(1): 39-65. doi: 10.2307/3541214.
- Moreno, J. J. (2015): «Pensar la ideología y las identidades políticas. Aproximaciones, teorías y usos prácticos». *Estudios Políticos*, 35: 39-59.
- Oltra, B.; Garrigós, J. I.; Mantecón, A. y Oltra, C. (2004): *Sociedad, Vida y Teoría. La Teoría Sociológica desde una perspectiva de Sociología Narrativa*. Madrid: CIS.
- Orriols, L. (2021): «La polarización afectiva en España: Bloques ideológicos enfrentados». *Agenda Global. EsadeEcPol Insigh #28*: 1-14.
- Piedrahita, C. L. (2006): «Religión y poder: confrontando el mundo moderno». *Universitas Humanística*, 61 (Jan/ Jun): 201-215.
- Rocher, G. (1987): *Introducción ala Sociología General*. Barcelona: Herder.
- Rosanvallón, P. (2007): *La contrademocracia: la política en la era de la desconfianza*. Buenos aires: Ediciones Manantial.
- Ruíz Rodríguez, L. M. y Otero Felipe, P. (2013): *Indicadores de partidos y sistemas de partidos*. Madrid: CIS.

- Sassen, S. (2015 ): *Expulsiones: brutalidad y complejidad en la economía global*. México: Katz.
- Weber, M. (2004 ): *La Ética protestante y el Espíritu del capitalismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Weber, M. (1997 ): *Sociología y Religión*. Madrid: Istmo.
- Winocour, R. (2002 ): *Ciudadanos mediáticos: La construcción de lo público en la radio*. Barcelona: Gedisa.